

MUERTOS NAVEGANTES

Por Mapacha

¡Ahoy! Aunque jubilado aún investigo, más por curiosidad que por dinero. Y a esa circunstancia, más la conjunción de mi hábito dominical por el café, un periódico y la costumbre de desenredar las jugarretas con que el diablo trastorna mis diarias minucias, esa maestría de Dios para ocupar la ironía, debo el hallazgo de una acuación y una segunda, que brincó ante mis ojos como una mosca sobre el pastel.

Para el común de los mortales, el término acuación es desconocido, pero en sencillo consiste en lanzar al mar a un semejante fallecido en altamar. Se le despacha desde el tablón de la nave, envuelto en un sudario o en un ataúd. La palabreja resume agua y exhumación. Y nos remite a piratas y bucaneros.

La nota periodística que acabo de leer hundió la pluma en el hallazgo de un féretro en el Caribe. El del corsario inglés Francis Drake, en cuyo escudo de armas incluía la leyenda *Sic parvis magna*; o sea, “la grandeza viene de modestos inicios”, en alusión a su menesterosa cuna. El sujeto, tras los honores, fue deslizado desde el tablón a las olas en un sarcófago de plomo, hallado siglos después por el mismo equipo que ubicó el galeón Nuestra Señora de Atocha y por quienes localizaron el Titanic: “La madera carbonizada, el plomo a bordo, la cerámica inglesa de la época... todo remite al hombre, su época, sus circunstancias”, reportaron los cazatesoros.

Ahora debo girar el timón hacia el destino final: el meollo de la historia.

Mi interés por el mar y sus aventuras trasciende la furia de las aguas furiosas en invierno, que rugen y se alzan como montañas para desmoronarse sobre su propio

vientre como un rugido de Neptuno. Más me interesan los hombres y naves que desafían al mar mientras entonan fragmentos, arias y duetos de Verdi, robados a la ópera *Simon Boccanegra*, o al *Holandés Errante*, ópera de Wagner sobre la tragedia del capitán Willem van der Decken, condenado por Dios a navegar sin jamás tocar puerto luego que el marinero hiciera un pacto con el diablo.

Ese interés parte del ombligo inglés-caribeño que me legaron mis antecesores, nacidos por las Antillas. Y por las películas de barbudas figuras con su pata de palo, parche en el ojo, negras banderas de calavera con tibias cruzadas, un mapa, dos trabucos al cinto y el infaltable loro verde y vivaracho sobre un hombro.

La acuación de Drake me hizo recordar que, en alguna página de las *Cartas Navales y Curiosas*, que aparecieron en Valparaíso a finales de los años cincuenta, un amigo de mi abuelo —a quien ese historiador entrevistó en los últimos días de mi pariente—, incluyó apuntes sobre acuación que le sopló el abuelo.

Y también, en ese recorrido mental recordé que tras la muerte del abuelo los diarios no tuvieron piedad en ignorar su desaparición y no le concedieron ni media columna de misericordia necrológica, aunque él fuese un gran memorialista del mar chileno y a quien siempre le pedían anécdotas para los suplementos sabatinos.

Dentro mi niñez intrusilla, hurgueteando sus cajones, más de alguna vez me pilló admirando su biblioteca, su Escorial de los mares, con dibujos y fotos de balconajes, los pabellones de las esquinas de popa, jaulas abiertas al mar, desde donde la vista

permitía recorrer el horizonte. Ver arboladura de naves españolas, inglesas, francesas y holandesas. Mástiles gigantescos, lanzados al cielo, al infinito, cual reto a las tempestades. Marearse contemplando las arboladuras, los obenques, brazas, burdas, amantillos y drizas para sostener y mover el velamen.

Leí de su diario que, en una de sus aventuras por los mares del mundo, aunque esta vez en el norte de Chile, el sol se recogió cierta tarde. La luz persistía porfiadamente, nubes amenazadoras crecían en el horizonte, hasta que la oscuridad ahogó todo retazo de claridad. Aprovechando la noche, una violenta tempestad desvió el barco hacia el noroeste.

Quizás debo adelantar otro antecedente. El fue marinero de la Chata Laffey, como indecorosamente llamaron los vaporinos de los últimos días a la nave que tras servir de prisión en la bahía de Coquimbo para los marinos ingleses que se portaban mal allá por 1878, un año antes de la guerra del Pacífico, luego pasó a manos privadas en 1907, al comprarla unos empresarios ingleses y convertirla en pontón salitrero al comienzo y criadero de chanchos más tarde.

En sus momentos de gloria, la fragata de 51 cañones había sido el buque insignia de la flotilla inglesa estacionada en las aguas del Pacífico sudamericano, con misión de resguardar los intereses salitreros de la blanca Albión en esta parte del continente. Ese momento de gloria fue el que mi abuelo compartió con la nave.

En esas notas de clara caligrafía y tinta que hasta hoy no destiñe resaltó la notable hermandad que los hombres establecían al embarcarse, de capitán a paje, de primer oficial a cocinero.

Y narra que entonces la lluvia cayó verticalmente y la tormenta comenzó a animar la fiesta. “En la oscuridad escuché el bramido de las olas vagabundas que habían perdido toda brújula y que en cosa de minutos habían surgido de un viento que soplaba a más de cincuenta nudos”, explica.

Caídas, reventones, tablones de agua, olor a fondo de mar en esas alturas que parecían de Coquimbo pero que inesperadamente habían surgido mucho más al norte del litoral. “En la oscuridad tuve la sensación que el barco ya no estaba a flote, sino que había naufragado en alguna pesadilla, con dificultad para ver y respirar, imposibilitados de mantenernos en pie, peor que si ya estuviésemos sumergidos. El capitán, viejo lobo de mar, aferrado al timón, era un fantasma que aparecía y desaparecía entre las aguas, la oscuridad y los truenos. A esas alturas el agua se las había arreglado para colarse por todos los lugares previsibles. Y el viento había escalado a un punto que no deseábamos mencionar. Fue cuando el capitán desapareció y con él, el agua, la tormenta y el desastre. Al parecer, los elementos habían quedado satisfechos con la tragedia perpetrada. El viento y las aguas que nos cargaban por la popa y que habían estado a punto de hundirnos cedían y se sometían a las altas presiones de la costa en el norte”.

Agrega que “Intertanto habíamos perdido arboladura y la nave navegaba erráticamente en un mar menos enloquecido. Empezaba a descuidar su ira y sólo entonces pudimos movernos y comprobar daños. Una gran ola había desgarrado toldillas y puertas. El comedor y otras dependencias destrozados, chorreaban agua como en el diluvio del cual Jesús habló”.

En una lona engrasada fue envuelto el cuerpo del anciano capitán, cuyo corazón no había podido resistir el embate de la tempestad. Antes de expirar había citado a Shakespeare en *The Tempest*: “El infierno está repleto y los demonios escaparon hacia acá”.

Bueno, el cuasi naufragio se llevó su vida. El cuerpo, con las dificultades de recuperación de la nave, fue colocado en la puerta que el mar había desgajado y tras inclinarla, el cadáver, con la ayuda de la pendiente y la gravedad, más el respeto de toda la tripulación y la inexperiencia de un funeral así, se deslizó allende la borda.

“Nos tomó varios días reparar algo de arboladura y velas para llegar a puerto. Fue allí que, nos encontramos con la sorpresa. El cuerpo de finado capitán, sin pesas y debido a los gases, no sólo había flotado sino que navegado más rápido que nosotros”.

Dejé el cafetín rumbo a casa. Según el relato del diario, ahora los entierros en el mar exigen que la urna o la mortaja tengan las perforaciones y pesos para que el finado descienda al fondo.

Y caminé pensando que quizás ese cuerpo no quería seguir siendo parte de su victimario: el mar. Y así es que fue enterrado en tierra. Y aquí entra la coincidencia, con ese afán genealógico de las nuevas generaciones.

Una familia inglesa, familiarmente lejana, me contacta para que —siguiendo un nombre y apellido por archivos, fuentes navales, viejos diarios y cementerios— ubique a un antepasado en algún cementerio del norte chileno, de Coquimbo hasta Arica, o del sur peruano, en Tacna o Ilo.

La investigación me condujo hacia los terrosos archivos y más ariscos cementerios del norte, especialmente para revisar las secciones con finados británicos. Hasta que, guiado por los archivos de Antofagasta, y a pesar de un error de tipografía en la escritura de la lápida, encontré al marino, sus concordantes datos de nacimiento en Escocia, nombre y apellido, más calificación como uno de los ex capitanes de la fragata Laffey. El registro de la nave en Coquimbo y su tripulación concordaban en que se trataba del mismo marino.

Junto con enviar la fotografía de la lápida a la pariente interesada en ubicarlo, recibí su mail indicándome que por estos días llegará para la exhumación y llevarse el cuerpo hasta su tierra natal.

El marino, muerto a bordo, también en una tormenta, había sido lanzado al mar, y como en el caso anterior, también había navegado hasta la playa.

Sólo puedo concluir que algunos muertos jamás dejan de viajar, o que después de fallecidos aún les queda mucho por recorrer.